

MÉTRICA DE REBARBARIZACIÓN: EL TIEMPO REAL EN LA PERSONALIDAD AUTORITARIA

Metric of Rebarbarization. Real Time in The Authoritarian Personality

ROBERT HULLOT-KENTOR*

Fecha de recepción: 8 de junio de 2018

Fecha de aceptación: 20 de julio de 2018

RESUMEN

"El ensayo como forma", escribe Adorno, intenta entender los conceptos tal y como "ya están inconscientemente nombrados en el lenguaje". Eso no es exactamente filología, ya que solo es llevar los significados dados más allá de su sentido dado para extraerles lo que puede obtenerse de la reflexión sobre ellos. La intención de este ensayo, escrito entre el 9 de noviembre de 2016 y el 9 de noviembre de 2017, es enunciar lo que el autoritarismo ha pasado a significar tras la elección de Donald Trump como presidente de los Estados Unidos. Se plantea que la dominación es autodestrucción, y ahora lo es de una forma inmediata, y su métrica puede conocerse a través de una comprensión crítica de la idea recibida de "tiempo real". Después de una introducción titulada "Una nación que no fue soñada", el ensayo está dividido en seis secciones: (1) Estudios sobre el prejuicio, Restitución primordial, Interpretación no rigurosa ni arbitraria; (2) Paliza salvaje, ¿Desquitarse para qué?, El uso de la humanidad; (3) La personalidad autoritaria, ¿Es fascismo?, Deducción trascendental del psicoanálisis; (4) La desinterpretación de los sueños, (5) El hilo primitivo de la historia humana y (6) Tendencia histórica: el Tiempo Real. El ensayo en su conjunto es un comentario de La personalidad autoritaria.

Palabras clave: utoritarismo, Tiempo Real, elección presidencial, Theodor W. Adorno, Freud.

ABSTRACT

"The essay as form," writes Adorno, seeks to understand concepts as they "are already unconsciously named in language." This is not exactly philology since it is only in pressing the given meanings further than their given sense that they can be grasped reflectively. The intention, then, in this essay, written between November 9, 2016, and November 9, 2017, is to enunciate what

* Ensayista y traductor estadounidense. Fue director del Master Critical Theory and the Arts en la School of Visual Arts de Nueva York.

El texto ha sido originalmente publicado en *South Atlantic Quarterly* Volume 117, no. 4, 2018, págs. 721-756. Copyright, 2018, Duke University Press. All rights reserved. Reprint by permission of the copyright holder, Duke University Press www.dukeupress.edu

authoritarianism has come to mean in the wake of the American presidential election of Donald Trump. The point made is that domination is self-destruction, now immediately so, and that its metric is cognizable in a critical understanding of the received idea of “real time.” Following an introduction titled “Undreamt Nation,” the essay proceeds in six sections: (1) Studies in Prejudice, Primordial Restitution, Interpretation neither Stringent nor Arbitrary; (2) Savage Beating, Get Even for What?, The Use of Humankind; (3) The Authoritarian Personality, Is It Fascism?, Transcendental Deduction of Psychoanalysis; (4) The Uninterpretation of Dreams; (5) Primitive Thread of Human History; and (6) Historical Trend: Real Time. The essay as a whole is a commentary on Adorno et al.’s *The Authoritarian Personality*.

Keywords: Authoritarianism, Real Time, Presidential Election, Theodor W. Adorno, Freud.

América existe ahora principalmente para no saber lo que está pensando.

9 de noviembre, 2016

UNA NACIÓN QUE NO FUE SOÑADA

La preocupación central de la filosofía de Theodor Wiesengrund Adorno es una crítica de lo primitivo desde la perspectiva de lo primitivo como única posibilidad de lo que puede llegar a ser algo más que lo primitivo. Adorno dice esto de modo tan exacto, una frase tras otra a lo largo de su obra, que no habría razón para percatarse de que nunca lo escribió con estas palabras a menos que fuera necesario, como ahora, entenderlo en Tiempo Real. El Tiempo Real, como el “Directo” en su día, es la reivindicación de lo no pregrabado. Como tal, el Directo solo podía reivindicarse razonablemente mientras la vida preservara suficiente realidad como para poder presentar de forma creíble su falsificación. Decir que el Directo [*Live*] consumía la vida [*Life*] que lo sostenía sería más un juego de palabras que una broma, pero al mismo tiempo es verdad. Incluso permite resaltar la ventaja del Tiempo Real sobre un Directo hoy periclitado, en el que ya no hay respiración alguna. Al promover la fuente a la que agota, su actual falta de aliento sería incapaz de empañar un espejo. El Tiempo Real es lo digital sincronizado con un reloj en la mano: nosotros como espectadores. Es la métrica contemporánea de la rebarbarización. A cualquier hora, tal y como están las cosas, el colapso del hielo ártico o el lanzamiento de un arma nuclear no podrían ocurrir sino en Tiempo Real. Leer en

las noticias –por ejemplo– que “los agentes de inteligencia pudieron ver en *tiempo real* cómo los hackers del gobierno ruso buscaban los nombres en clave de los programas de inteligencia estadounidenses en ordenadores de todo el mundo” no deja otra alternativa que cronometrar el tiempo real con los propios ojos, mirando desde una distancia aún mayor¹.

MÉTRICA DE REBARBARIZACIÓN

La métrica de rebarbarización calibra la fuerza del Ahora Sincronizado que ha roto el hilo de la historia humana. Reflexionando sobre esta cesura, el Tiempo Real aspiraría al nivel de cognición que potencialmente afirman sus sílabas –que el terror ya no es algo excepcional–, más que al elemento dogmático del mecanismo de sincronización que el oído pensante escucha ahora como un eco en el lenguaje². Dogmático, aquí, no se entiende en el sentido de doctrinario que solemos atribuirle, sino en el sentido que pudo tener para Hegel. En su época, lo dogmático era negarse a reconocer que el contrario venía implícito en cada concepto, como si los conceptos de arriba y abajo, por ejemplo, pudieran entenderse sin remitir cada uno al otro. Pese al acierto de esta crítica, estaba limitada por la pretensión de transparencia del lenguaje a la lógica de contrarios aquí desarrollada. Esto era ciertamente cartesiano al apoyar la prohibición racionalista de asociar palabra por palabra como *locus* del error. Esa prohibición era una función del método, el principio organizativo *per se* que sólo puede cerciorarse de la verdad separando al conocimiento de su objeto. El dualismo mente-cuerpo –el de lo humano y lo animal como lo interno y lo externo– es una inferencia de esta necesidad del método en cuanto tal, no su premisa. Hegel, pese a criticar esta tradición en distintos sentidos, se ubica sin embargo en ella al no estar preparado para seguir los impulsos enhebrantes en la textura del lenguaje o los que la atraviesan, ni tampoco a entender la historia como dominación de la naturaleza. No había apreciado –como sí tenemos que hacer nosotros– ningún indicio del punto ciego del Tiempo Real al yuxtaponer por un lado la celeridad con la que se afirma –como si nada pudiera ser más real o vivo que eso–, y por otro lado el rechazo, la negativa fundamental con la que se encontraría cualquier sentido, afirmado o percibido, de “lo primitivo” en Tiempo Real.

¹ Nicole PELROTH y Scott SHANE: "How Israel Caught Russian Hackers Scouring the World for U.S. Secrets", *New York Times*, 5 de enero de 2017. El subrayado es del autor.

² Theodor W. ADORNO: *History and Freedom*, Cambridge: Polity Press, 2006, pág. 19.

Es como si lo primitivo, entre todas las palabras, fuera la única que solo puede decirse legítimamente si se clasifica como un prejuicio, como ocurre al remitir a lo “primitivo”. Las alarmantes comillas, que implican poner esta idea en cuarentena y blindarla al conocimiento, no cumplen la función de un bloqueo cartesiano, sino de un bloqueo social. Si en lugar de ello lo primitivo pudiera escucharse en cada una de las afirmaciones del Tiempo Real –el sentimiento de ese bloqueo, la sensación de ser incapaces de saber lo que sabemos perfectamente, la lluvia oclusiva en las tormentas que padecemos, una lluvia que cae como si fuese arrojada, las temperaturas sin precedentes, los meses en los que no hay dos días propios de una estación reconocible, la falta de preparación para hacer frente a la situación en la que estamos– rompería este bloqueo.

ESTUDIOS SOBRE EL PREJUICIO

La perspectiva de lo primitivo es contraria a la idea de una perspectiva modelada sobre el telescopio. No establece un ángulo de observación seleccionado entre otros muchos ni supone la interposición de una óptica; es tan reacia a cualquier herramienta del método como podría estar inclinada hacia un instrumento musical. Se desarrolla al darse cuenta de que la subjetividad no es capaz de transformar la sensación en un juicio para lograr la objetividad; nunca llegaría al mundo que insiste que está ahí ante sus ojos, sino que se quedaría atrapada a cada paso en proliferaciones irreconocibles de su propia autorreflexión. Al reconocer este callejón sin salida, cuando esta tradición filosófica flaqueó, la percepción en su conjunto se convirtió en un nivel de juicio en todas las cotas del sentimiento en lugar de saldarse en el acto del intelecto. El *Geist* se convirtió en *Erdgeist* en una remota transformación de cualquier extracción sedimentada lógicamente de las direcciones de arriba y abajo. Erich Kahler llamó a este desarrollo, que tuvo lugar hacia 1900 en un proceso centenario, la *espiritualización de los sentidos*. El oído, por ejemplo, tenía que reconocerse como un “oído pensante” antes que como un mecanismo extrañamente prensado que recibe sensaciones para transmitir las al cerebro³. Bajo esta nueva premisa, habría que entender cada palabra como algo que es tanto escucha como habla. Estas son las implicaciones de una crítica de la representación que todo el pensamiento moderno, la filosofía y las artes continúan afrontando –implicaciones sin las cuales ni la técnica freudiana de la asociación libre ni

³ Theodor W. ADORNO: "Cultural Criticism and Society", *Prisms*, Cambridge: MIT Press, pág. 19.

el estilo paratáctico de Adorno, que es su correlato filosófico, habría sido posible-. En la obra de Adorno la crítica de la representación se resume en la tesis irresumible de la primacía del objeto. Escribe: “Lo que tengo en mente ante todo es una especie de restitución de la experiencia contra su deformación empiricista”⁴.

RESTITUCIÓN PRIMORDIAL

En los escritos tempranos de Adorno, esta intención de restituir la experiencia se desarrolló en figuras como el tan conocido ensayo sobre la historia natural y, más tarde, se explicitó como una dialéctica negativa que dirige los conceptos, desarrollando su no-identidad con el objeto, hacia su depende de éste. Esta forma de crítica realiza a nivel cognitivo el impulso mimético que antecede e infringe la separación entre sujeto y objeto. Como ha escrito Rolf Tiedemann, en los escritos de Adorno la mimesis es generalmente sinónimo de la idea de naturaleza. Los conceptos son transformaciones del impulso mimético como elementos de la historia natural. Por eso Adorno no necesitó rechazar la tradición de la mente representacional como errada, sino que reconoció su sala de espejos como algo objetivo. Esa mente proporciona las únicas llaves que encajan en las cerraduras de su propia producción. En alianza con la crítica inmanente del dogmatismo de Hegel –la tesis de que no hay otra forma de salir que a través del problema– Adorno asimiló esa tradición dentro de la perspectiva de lo primitivo, en la que sus antinomias, todos esos momentos en que los conceptos de la mente representacional se bloquean y aparentemente se imposibilitan a sí mismos, podrían ser arrebatadas al lenguaje de la autoconservación y ser reinterpretadas como aquello a lo que esos conceptos se oponen como expresiones históricas de eso bajo lo que la vida sufre. En *Dialéctica de la Ilustración* Horkheimer y Adorno denominan a esta crítica de la dominación – en su formulación más conocida– el recuerdo de la naturaleza en el sujeto⁵. Su significado pleno no se ha comprendido hasta hoy. Pero en un contexto que también toma en consideración el psicoanálisis –como en este debate sobre el autoritarismo y *La personalidad autoritaria*, un estudio totalmente psicoanalítico– enseguida se asocian formulaciones afines al psicoanálisis, como, por ejemplo, en el plano económico de la psique, la transformación de la defensa pulsional en estímulo

⁴ Theodor W. ADORNO: *Critical Models*, Nueva York: Columbia University Press, 2008, pág. 242.

⁵ Max HORKHEIMER y Theodor W. ADORNO: *Dialectic of Enlightenment*, Stanford: Stanford University Press, 2007, pág. 32.

lo pulsional. Pues incluso la idea de *bloqueo* de Adorno, aunque siempre se presenta en supuesta referencia a Kant, podría ser una traducción del modelo freudiano del trauma, la fijación, la formación del síntoma, etc. Y hay razones para especular que incluso la *Dialéctica Negativa*, aparentemente la obra de Adorno menos relacionada con el psicoanálisis, es la que presenta más paralelismos con él. Asimismo, si uno solo supiera que *Teoría estética* sostiene la idea del arte como transcripción inconsciente de la historia del sufrimiento humano, podría suponer que la obra es en cierto modo una estética psicoanalítica, a no ser que conociera las primeras páginas del texto. Aunque se refiere al psicoanálisis repetidamente, Adorno insiste en no confundir su pensamiento y sus ideas con el pensamiento psicoanalítico, aunque a menudo resulten muy similares. Del mismo modo, en su día buscó evitar cualquier conflicto entre su obra y las doctrinas arcaizantes y neopaganas que llamaban a volver a un mundo primigenio. En el hundimiento de Alemania durante el Tercer Reich, Adorno presenció la vuelta real del mundo primigenio como si fuese la realización absoluta del más profundo deseo, como si ese mundo primigenio nunca se hubiera dejado atrás. Si Adorno no hubiera necesitado diferenciar su propio trabajo del psicoanálisis, por un lado, y el desarrollo social arcaizante del que fue testigo, por otro, podría haber llamado a su forma de interpretación –el recuerdo de la naturaleza– el recuerdo de lo primitivo en el sujeto.⁶

INTERPRETACIÓN NI RIGUROSA NI ARBITRARIA

El concepto contemporáneo de perspectiva es él mismo método: un conjunto de procesos contraídos a un punto subjetivo y móvil y aplicado desde esa posición. Oficia durante una tregua epistemológica que solo se basa en una búsqueda de felicidad que se presume indeterminada en su concepto de libertad constitutiva. El estándar de conocimiento que establece es tan prolépticamente permisivo como autoritario, tan capaz de verlo todo como estrecho de miras; su certeza suena como resignación: “Esa es mi perspectiva, en cualquier caso”. En contraste, la crítica de lo primitivo desde la perspectiva de lo primitivo, aunque no es un telescopio, sigue siendo una perspectiva al reconocer que la verdad como interpretación no es ni rigurosa ni arbitraria. Sin contar con ningún guía pretende conocer el objeto

⁶ En alemán, Adorno recurre frecuentemente en sus escritos a los términos de lo primitivo y lo arcaico, empleando más a menudo el primero que el último, y los utiliza como conceptos correlativos sin apenas distinción entre ellos. Su uso en inglés difiere. Más significativo resulta que mientras caminaba junto a Tiedemann en conversaciones casuales, Adorno apuntara: “mira qué primitivo es”.

mismo. Su punto focal converge binocularmente más allá de cualquier búsqueda de felicidad que quede restringida a la búsqueda. Aunque tiene más que ver con desatar un nudo que con atarlo fuertemente, la verdad solo es verdadera cuando es vinculante. Aunque haya que luchar por ella, solo puede encontrarse. Por eso nunca coincide con una mentira justificada.

PALIZA SALVAJE

“América está dividida como nunca antes... Vivimos en unos tiempos, en una época que nunca hubiésemos creído posible. Una barbarie despiadada sobre la que leemos en los libros de historia, pero que nunca pensábamos ver en nuestro llamado mundo moderno. Quién habría dicho que veríamos lo que hoy estamos presenciando... Muchas gracias, que Dios os bendiga y que Dios bendiga América”.

(Donald Trump, discurso en el Alfred E. Smith Foundation Dinner, 2016)

Si se buscara la verdad en la fanfarrona figura del *Satiricón* de Petronio que, en la cena de Al Smith el 20 de octubre de 2016, se dirigió a la nación junto a Hillary Clinton, su contrincante a la candidatura presidencial, habría que considerar la perspectiva de lo primitivo que es un ataque a la misma. El candidato aprovechó la ocasión para lamentar el estado de una nación dividida contra sí misma y de un mundo que había recaído en una “barbarie despiadada”. A lo largo del discurso, como en las líneas citadas de sus observaciones finales, la anáfora encubre un anacoluta en una parodia de lo grandilocuente. No hay pensamiento, solo la promulgada evidencia de su superioridad y una humildad fingida que por el momento pospone el ataque. El portavoz es tan desinteresado como solo un yogui de suburbio puede soñar llegar a ser algún día. En aderezada autorreferencialidad, es incapaz de reconocerse a sí mismo. Cambiando una y otra vez de posición en el pódium para reforzar la insultante provocación que lleva escrita en su cara de boxeador, el candidato que aquella tarde deploraba el rencor y la barbarie, se había esmerado durante todo un año de campaña para incitar al *bellum omnium contra omnes*. Había defendido la legitimidad de la tortura, había amenazado la vida de la candidata rival, había jurado renegar de las leyes electorales en caso de perder y esa noche, justo antes de las consideraciones finales, había sometido a su esposa a una humillación general mandándole dar la cara y disculparse por plagiar las palabras

de la entonces Primera Dama. Así que cuando el candidato decía a su audiencia, “¡Quién habría pensado que veríamos lo que estamos presenciando hoy!”, lo que buscaba no era el aterrorizado “¡Exactamente!” que estaba escrito en muchas de las caras de los que le rodeaban en el escenario, que o bien le miraban fijamente o evitaban mirarle en absoluto. Y aunque probablemente el público no llegara a la conclusión de que estaban presenciando un ataque bárbaro contra la barbarie, estaba a la vista de todos que el orador era incapaz de distinguir un lado del otro. En el tono plagado de injurias podía oírse a un candidato dirigiéndose medio en sueños, como si estuviese cara a cara en una sala de espejos que sólo él ocupa –sin importar cuántas casas tenga en propiedad–, al perdedor que se ha pasado toda la vida fracasando para un día poder al fin desquitarse. Dicho en sus palabras, “tenemos que dar una paliza a los salvajes”⁷. La palabra despiadado apenas puede describir el tenor del esfuerzo de un hombre que nunca sonríe de buena gana, sino siempre con intención.

¿DESQUITARSE PARA QUÉ?

Pero, ¿por qué el hombre que lo tiene todo, y todo miles de millones de veces, necesita desquitarse? ¿Desquitarse para qué? ¿Cómo es que él es el perdedor? En la víspera de las elecciones, el comentarista político Edward Luce hizo una observación sobre la insistencia de Trump en que las elecciones estaban “amañadas en su contra”⁸. Luce reparó en el enigma. Dado que “una victoria de Trump todavía es posible” resulta “muy extraño que juegue el papel del mal perdedor antes de perder realmente.” Habría que añadir a esto, en primer lugar, que Trump es incapaz de jugar. No importa cuántos campos de golf posea, su única experiencia es la lucha a vida o muerte. En segundo lugar, Trump se sabía el perdedor no solo antes de las elecciones, sino también mucho antes, durante y después: “Mira cómo me han tratado últimamente... A ningún político de la historia –y digo esto con absoluta certeza– le han tratado peor ni tan injustamente”⁹. La afirmación entre paréntesis presenta la dinámica de aquello que ocupa el lugar del yo, su sustituto. Pues el yo, en tanto que yo, es la capacidad de auto-transcenderse, en última ins-

⁷ James RISEN y Sheri FINK: "Trump Said 'Torture Works'. An Echo is Feared World-Wide", *New York Times*, 5 de enero de 2017.

⁸ Edward LUCE: "American Democracy's Gravest Trial", *Financial Times*, 7 de noviembre de 2016.

⁹ Maggie HABERMAN y Glenn TRUSH: "Trump, Saying he is Treated 'Unfairly', Signals a Fight", *New York Times*, 17 de mayo de 2017. Las cursivas son del autor.

tancia a través de la renuncia a sí mismo. Trump, por el contrario, sólo demuestra una capacidad para el engaño táctico cuando señala cómo le han tratado “*con absoluta certeza*”. Esta afirmación es una llamada a creerla a ciegas, frente a una realidad que contradice con todo su peso esa aseveración. Bajo la amenaza de la fragmentación, un presidente parcialmente psicótico genera su propia realidad y se la impone a sí mismo y a los que le rodean, que a día de hoy son buena parte del mundo. Esa es la única verdad que el frágil presidente puede tolerar. Su necesidad de un indulto ilusorio es constante, y hace que el resto de sus ideas desemboquen en el caos. Eso priva de su capacidad de juicio al hombre al que la nación ha elegido para tomar sus decisiones ejecutivas más importantes. Lo único que ha sacado en claro, y a lo que subordina cualquier otro pensamiento o evidencia, es que él es objeto de la mayor injusticia de todos los tiempos. Lo expone de forma patológica, como si fuera un hecho. No puede librarse de esta percepción porque todo lo que ha adquirido en grandes cantidades a lo largo de una vida de incesantes y a menudo odiosas adquisiciones, le producen la sensación abismal de no tener nada –excepto la ocasión de dar envidia y humillar a los demás–. En la cena inaugural de su presidencia “*todavía revivía con deleite sus peleas de campaña*”. ‘El otro bando se está volviendo completamente loco’, les dijo a sus simpatizantes¹⁰. El impulso a humillar en un momento de triunfo no es expresión del disfrute del éxito, sino que apunta a algo que va más allá del mero recordar sus peleas de campaña. Pues bajo cualquier circunstancia, y al margen de las victorias que haya logrado, siempre sale con las manos vacías. Excepto por el regodeo, toda victoria va acompañada de un sabor amargo. Parece como si cualquier cosa que poseyera o pudiera desear se la estuvieran robando. Para su desconcierto, prácticamente el mismo día que ganó la presidencia, el hombre que ha querido estafar a todo aquel con el que entró en contacto sintió que le estaban estafando con la victoria electoral¹¹. En la evidente estridencia de esta solicitud, era como si hubiera sido elegido para probar este presunto robo.

Y de hecho los amargados resentidos que determinaron la decisión electoral de los Estados Unidos le eligieron para probarlo. El candidato y el electorado nunca se encontraron, y no se habrían soportado más que para una sesión de fotos protocolaria. Pero en esta situación y sin llegar a estar nunca en contacto, Trump y sus

¹⁰ James PONIEWOZIK: "Mr. Reality TV Goes to Washington", *New York Times*, 20 de enero de 2017. Cursivas del autor.

¹¹ Maggie HABERMAN y Glenn TRUSH: "Trump Called National Park Chied over Twitter Post on Inaugural Crowd", *New York Times*, 26 de enero de 2017.

votantes se encontraron en la devota certeza de una fantasía omnipotente. Cada cual se hizo carne de la carne del otro; cada cual soñaba el sueño del otro en una privación ultrajada. Mientras el público se dirigía diligentemente a un estado de euforia para hacer que el Crespo derrotado ante sus ojos rebosara de poder, él aseguraba a los más debilitados que eran los únicos con los que se sentía a gusto y los únicos de los que se ocuparía. Con seductora generosidad, en distintas entrevistas y mítines electorales, a menudo con su avión aparcado en el fondo, aseguraba a su audiencia que no necesitaba nada de lo que había logrado acumular. Se presentaba como si estuviera pidiendo el voto para poder descargar sus bienes desde el profundo interior del avión, aerotransportándose directamente desde un lugar que sus votantes sólo podían concebir como una extensión insondable de riqueza y lujo. En este sentido, la campaña fue un culto “cargo”^{*} hábilmente manipulado. Fue un proceso largo, no se construyó con pistas de aterrizaje de tierra y torres de control atadas con paja, sino con cemento, asfalto, acero, cristal y tanques de almacenaje de combustible para aviones. El avión ejecutivo que siempre llega, con su interior dorado y sus asientos estampados con coronas monárquicas, va de un lado a otro del país con su pesada carga llevando el nombre de uno de los antiguos ancestros, uno de los Grandes Hombres¹². No regresaba a Melanesia o Vanuatu, sino a liderar a la desorientada población blanca de un disperso Rust Belt que se sabía separado de su propia gente y de sus líderes. No sabían muy bien cuándo y cómo el electorado había quedado separado de los de su propia clase, pero sabían quién era responsable: los inmigrantes, las élites, los negros, los terroristas, una mujer criminalmente incontrolable, los judíos, los medios de comunicación, y quizás todos ellos, y todo lo que habían escuchado o sobre lo que habían puesto alguna vez su mirada. El electorado llevaba mucho tiempo esperando al hombre que había desembarcado del avión y descendido por la pasarela móvil hacia el asfalto para anunciarles: “Os lo daré todo. Os daré lo que habéis estado buscando durante 50 años. Soy el *único*”¹³. El desinterés del candidato por diferenciar la verdad de la mentira –

^{*} Con el nombre de cultos del cargo o cultos del cargamento se designan diversas prácticas y ritos no convencionales que surgieron en varias tribus de Australia y Melanesia —especialmente en Nueva Guinea— a raíz de su contacto con la civilización occidental [Nota de los editores].

¹² Cfr. Marvin HARRIS: *Cows, Pigs, Wars and Witchhies. The Riddles of Culture*, Nueva York: Vintage, 1989; Lamont LINDSTROM: "Big Men as Ancestors: Inspiration and Copyrights on Tanna (Vanuatu)", *Ethnology*, 29, no. 4, 1990, págs. 313-326; y Peter WORSELY: "The Trumpet Shall Sound. A Study of 'Cargo' Cults in Melaesia", Nueva York, Schocken, 1987.

¹³ Eli STOCKOLS: "Unapologetic, Trump Promises to Make America Rich", *Politico*, 25 de mayo de 2016. *Cursiva del autor.*

en el fondo su incapacidad de hacer esa distinción–, no repelía en absoluto a su audiencia. Después de todo, qué cabía dudar cuando juró que traería el botín de vuelta a la costa, que “devolvería todo lo que nos han quitado”: las fábricas, los trabajos, las riquezas, el prestigio, las torres del mercado inmobiliario, el privilegio libidinal y destructivo de llenar la casa del tesoro de venganza. A cambio de la imagen de esta cornucopia invertida, el mejor trato que jamás se había ofrecido a su público, el candidato sólo les pedía que le eligieran a él como *el único*.

Pero al margen de sus promesas y del nivel real de desapego de Trump respecto a sus propiedades, una persona que es incapaz de tener nada no puede tener nada que ofrecer. No cedería la más mínima de sus posesiones sin tratar de sacar tanto provecho como fuera posible. Cuando se ofreció a ayudar a los desfavorecidos social y económicamente para que recuperaran lo que era suyo, lo que quería decir es que ellos le servirían para recuperar todo lo que le habían robado. El avión, que para ellos encarnaba la promesa hipnótica de un cargamento inagotable, no era para Trump más que lo que ellos ya sabían: un dispositivo omnipotente de orgullo y expropiación exclusiva. La dinámica primitiva que para Trump se produce constantemente –y, como evidenció su elección, no solo para él– es una venganza que se provoca a sí misma; lo *primitivo* es aquí aquello que no logra escapar a su propio origen, con el que no se ha reconciliado. La fuerza motriz de esa dinámica es un esfuerzo maniaco cuyo asidero en el mundo es tan frágil como las puntas de los dedos en un acantilado. En la lucha por una conquista revanchista lanzada contra una humillación demoledora, los momentos de ascenso no se distinguen de los de caída. La necesidad de aferrarse a algo, por frágil que sea, justifica cualquier tendencia al trato corrupto, al desprecio tiránico, al engaño compulsivo, a la agresión sexual o a la tortura imperiosa. Y como lo que le han arrebatado es el mundo mismo, ninguna otra cosa podría satisfacer la renuncia que lleva escrita en la cara, a menudo convulsa –no desconsolada, pero llena de odio–. No es alegórico decir que su cara se convulsiona con la primacía del instinto de muerte. El mandato que presenta es la antítesis del deseo; una vez colmado, no comportaría gratificación alguna. Ahora estamos experimentando los primeros meses de eso. He aquí el presidente de los Estados Unidos.

EL USO DE LA HUMANIDAD

Desde la elección de Trump, se ha asumido que el vicepresidente le reemplazaría en una nación que es improbable que supere –ni mucho menos que alcance– la creciente velocidad del desastre que se ha alcanzado a escala mundial, y del que los Estados Unidos tienen una responsabilidad cada vez mayor. Pero al margen de lo que dure la presidencia de Trump, será la primera en la historia de América que pueda considerarse un régimen. Aunque haya sido elegido legalmente, se comporta como si fuera una imposición desde arriba, no regida por el imperio de la ley. Y si Adorno estaba en lo cierto cuando decía que uno solo comprende la historia cuando se convierte en su blanco, los Estados Unidos, que hasta hoy se han considerado una excepción entre las naciones, específicamente como una excepción en la historia, puede que empiecen a hacerse una idea de lo que significa eso. Pues los regímenes autoritarios dirigen su agresión sobre todo hacia dentro; esto es axiomático y ofrece una definición provisional del autoritarismo. La intención de asaltar la sociedad es tan central en un régimen autoritario que éste es incapaz de apoyar a la población que le trajo al poder, ni siquiera para salvaguardar su propio dominio. Si bien esto parece una implicación extraordinariamente irracional del autoritarismo –y lo es– revela lo que es normativamente irracional en cualquier forma de coerción. Pues toda coerción está tan implicada en aquello que domina que desde el primer momento arremete contra su propio dominio¹⁴. Las lealtades divididas, la inextricable imbricación de sospechas y paranoia –a veces criminal–, que las destruye, son las únicas vías que les quedan para diferenciar lo que les pasa de aquello en lo que, por lo demás, están encerrados por su propia metodología: la destrucción de aquello de lo que dependen.

Es característico que la campaña de Trump “dio a entender que las normas y las instituciones estaban hechas para quebrantarlas”¹⁵. Y Trump no perdió de vista en toda la campaña su intención de, una vez en el poder, enseñar a sus millones de seguidores la clave de su éxito: el principio de desposesión como la forma más feroz de posesión. Pues si bien algunas instancias aún más decisivas que Trump encarnan la fuerza que ha destrozado las vidas de su electorado, él ya les está infligiendo a ellos y al mundo un daño mucho mayor al destruir las limitadas protecciones institucionales de la nación, socavando así lo único que separa el presente del

¹⁴ Theodor W. ADORNO: *History and Freedom*, ob. cit., pág. 19.

¹⁵ James PONIEWOZICK: "Mr. Reality TV goes to Washington", ob. cit.

desastre absoluto, y transformando las instituciones en poderosos medios de explotación¹⁶. Sería simplista afirmar que se trata de una correspondencia entre el nivel micro y el macro, pero debe haber algo más que una analogía entre la nación más rica de la historia del mundo –que al mismo tiempo se siente engañada y en la que poblaciones enteras están violentamente desprovistas de todo– y un presidente que ha reunido una fortuna mayor de lo que nadie podría molestarse en imaginar, y que al mismo tiempo no tiene más que el impulso de seguir saqueando y el deseo de presidir una larga mesa del consejo de ministros, cada uno con un pico sobre sus hombros. Si hubiera un modo de decir que sin el bien –del que los Estados Unidos ahora carecen– no se puede poseer nada, ni en cantidad ni por persona alguna, uno diría esto.

Alexis de Tocqueville encontró un modo de decirlo cuando escribió en la década de 1830, con la concisión exacta de quien ve una realidad por vez primera, que los americanos “se aferran a todo pero no se hacen con nada”¹⁷. Su obra es cada vez más verdadera, no como un acto de clarividencia, sino porque distingue un mecanismo social que reproduce su propia incapacidad de escapar a su origen. Tocqueville no necesitó esperar a que Trump existiera para calarle, ni dudó al reconocer lo primitivo. Captó toda una civilización de iniciativa empresarial de pioneros en lo que un día serían los falsos comedores presidenciales estilo Louis XVIII, en su ego aislado y sin ego, moldeado solo por la competición, con su mujer extrañamente adosada y la mirada siniestramente indiscernible en los ojos de su prole: “Para lograr una vida confortable hizo frente al exilio, la soledad y los innumerables desastres de la vida primitiva... centrado en la única meta de hacer fortuna... logró crear finalmente una vida absolutamente individual para sí; los sentimientos de familia se han fundido en un egoísmo sin fondo y es dudoso si veía en su mujer y sus hijos algo más que una parte separada de sí mismo”¹⁸.

En *La democracia en América*, Tocqueville se refiere a esta figura como una de “las más duras que han aparecido sobre la faz la tierra”. Estaba aturdido por su repentina existencia, que “vemos crecer ante nuestros ojos”. Su “objeto no es gobernar” como lo hicieron los gobernantes del pasado. Éstos se sentían “obligados por la ley, o forzados por la costumbre, a ayudar a sus sirvientes y aliviar su angustia”.

¹⁶ Cf. Carolyn KORMANN: Climate Change and the Giant Iceberg of Greenland's Shore", *The New Yorker*, 20 de julio de 2018.

¹⁷ Alexis de TOCQUEVILLE: *Democracy in America*, Nueva York: Harper Perennial, 2006, pág. 536.

¹⁸ Alexis de TOCQUEVILLE: "Two Weeks in the Wilderness", en *Democracy in America – and Two Essays on America*, Londres: Penguin, 2003, pág. 887.

Por el contrario, el único propósito que estas figuras tienen para la población es “hacer uso de ella”. Y, “cuando ha empobrecido y embrutecido a los hombres que usa”, los “abandona en tiempos de crisis”. En el momento en que Tocqueville escribía estas palabras, pensaba que lo que entonces era una cohorte desorganizada –a la que se refiere como una “aristocracia creada por la industria”– tenía pocos impulsos o recursos para actuar como una fuerza coordinada y que, por ello, se contendría. Pero temía que esta contención pudiera ser temporal: “Los amigos de la democracia deberían mantener sus ojos fijos en esa dirección. Porque si en algún momento la permanente desigualdad de condiciones y la aristocracia se abren paso en el mundo, entrarán por esa puerta”¹⁹.

LA PERSONALIDAD AUTORITARIA

Tocqueville no sabía cómo llamar a la situación que estaba presenciando: “La cosa es nueva”, escribió, y “no encuentro una palabra para ella”²⁰. Las palabras de las que disponía eran las de su tiempo, pero Tocqueville era muy consciente de que sus palabras hablaban para un tiempo que ya no era el suyo: “Palabras tal viejas como 'despotismo' y 'tiranía' ya no encajan”²¹. La aristocracia –refiriéndose a una “aristocracia... creada por la industria”²²– era otra palabra antigua que ya no encajaba. Un siglo más tarde, cuando Adorno trabajaba en *La personalidad autoritaria*, la “cosa” ya no era nueva y había palabras para designar muchos de sus aspectos, aunque eran neologismos. La mayoría de esas palabras se han vuelto familiares en las últimas décadas, entre ellas *autoritarismo* –un término de oprobio antes de la guerra–; *fascismo* y *totalitarismo* –que en un principio remitían al fascismo italiano–; *etnocentrismo*, *eugenésia*, *racista* y *racismo*: una serie de conceptos que surgían con el terror que se experimentaba al descubrir al homo sapiens como especie, es decir, al descubrirnos como seres esencialmente primitivos. *Antisemitismo* era otra de esas palabras recientes; su origen es típicamente alemán, una lengua que por distintas razones –incluyendo la modernidad artificial de muchos de sus términos, entre ellos palabras bastante antiguas– construye buena parte de su pensamiento a partir de ideas fuerza, estrictamente a favor y en contra, negativas y positivas, como ocu-

¹⁹ Alexis de TOCQUEVILLE: *Democracy in America*, ob. cit., págs. 557-558.

²⁰ *Ibid.*, pág. 691. Cursivas del autor.

²¹ *Ibid.*, pág. 691.

²² *Ibid.*, pág. 555.

re con la filosofía alemana desde Leibniz a la voluntad de poder o a la *Dialéctica Negativa*. A su manera puede llegar a ser una lengua profundamente tierna y llena del más profundo anhelo. En el caso del estilo de Adorno, lo que en su razonamiento y su retórica puede ser abrasivamente austero, abrupto y dominante –“no hay felicidad sin fetichismo”– puede convertirse en un lenguaje sufriente, al borde de lo alucinantemente lírico, un lenguaje profundamente desgarrado, profundamente roto por las realidades modernas y un número inconmensurable de cadáveres.²³ *La personalidad autoritaria* es un título de la modernidad alemana escrito *in extremis* en inglés. Para el oído pensante arrastra una resonancia arcaica, como si nunca hubiera podido haber nada más vital que la fuerza. Para un oído americano, hasta hace poco, ese aspecto de la escritura de Adorno parecía una distorsión extrema y extraña de lo que puede imaginar una nación que considera haber tenido casi tan buena fortuna histórica como la que le ha faltado a Alemania.

Es sabido que a las obras se las conoce por el título. Pero en el caso de *La personalidad autoritaria*, el título es prácticamente lo único que se conoce de sus casi mil páginas apenas leídas. Incluso los que están preparados para obras de esta magnitud, quizás deseosos de localizar los rumores sobre la escala F de Adorno en el texto, la encuentran extremadamente difícil, y sin un estudio minucioso los modelos de investigación que la configuran resultan oscuros. Con todo, la elección de un presidente consagrado exclusivamente al uso de la fuerza y el sugerente título del estudio, que coincide con las palabras con las que se ha caracterizado a menudo al nuevo presidente, han generado expectativas de que *La personalidad autoritaria* pueda sacar a la luz la piedra de Rosetta de la ciencia política enterrada hace tiempo. Una vez desenterrada, podríamos leer en su superficie la lengua franca que permitiría entender la emergencia de figuras y gobiernos autoritarios en Occidente. Hay buenas razones para esas expectativas. Pues el proyecto de *La personalidad autoritaria*, tal y como escribe Horkheimer en un pasaje del prefacio citado a menudo, era estudiar “el auge de una especie ‘antropológica’ que llamamos el tipo de hombre autoritario”²⁴. *El autoritarismo*, entonces, no habría de entenderse en el sentido habitual de un programa político en el que surgen gobernantes que buscan acabar con la libertad del pueblo e imponer una obediencia forzada. Por el contrario, en los años de posguerra, en un momento en que se temía que, aunque hubiese sido

²³ Theodor W. ADORNO: *Minima Moralia*, Londres: Verso, 1974, pág. 121.

²⁴ Theodor W. ADORNO et. al.: *The Authoritarian Personality*, Nueva York: Harper and Row, 1950, pág. IX.

derrotado, el fascismo aún podía extenderse por todo el mundo, el estudio planteó una tautología social temida: la emergente sociedad autoritaria –una sociedad totalitaria– estaba produciendo asintóticamente un individuo autoritario.

En la investigación, los científicos de Berkeley pusieron a prueba esta tautología. Su trabajo iba en paralelo al de toda una generación de antropólogos a los que hoy conocemos como el movimiento de la cultura y la personalidad –Géza Róheim, Abram Kardiner, Geoffrey Gorer y Margaret Mead–, que utilizaban el psicoanálisis para comprender el carácter de la nación y amplios patrones de conducta. Del mismo modo, empleaban el psicoanálisis para entender las dimensiones sociales de la estructura psicodinámica. Lo que estos antropólogos entendían por “cultura y personalidad” es más o menos a lo que, en *La personalidad autoritaria*, Adorno denomina “ideología y personalidad”²⁵, aunque una diferencia importante es que los científicos de Berkeley partían de la hipótesis de un *nuevo* tipo antropológico a escala social global. Esa es la razón de que en *La personalidad autoritaria* no aparezcan *Doge di Venezia*, Césares de la antigüedad, déspotas ni autócratas. Pese a que en general los líderes fascistas son gente de mano dura, serían del mismo nuevo tipo humano que sus fieles seguidores; los líderes también serían funcionarios impedidos de una dinámica macrosocial y estarían sujetos a las mismas dependencias, fragilidades y agresiones²⁶. Para llevar a cabo este proyecto, los científicos hicieron cuestionarios y entrevistas, no con la intención de recoger una muestra de opiniones políticas, sino para producir y reunir material no intencional, una especie de asociación libre, como el contenido manifiesto desde el que analizar la realidad latente de esta estructura de personalidad. Los dispositivos psicométricos que identifican esta estructura permitían diferenciar en su pequeña muestra a los que tenían puntuaciones “altas” y “bajas”, es decir, si eran propensos o no a sumarse a la persecución etnocéntrica que es el foco central de la movilización autoritaria.

Ya en este breve resumen resulta evidente por qué esta ingeniosa colaboración psicosocial está entre los estudios más comentados en la historia de la disciplina. Cuando se publicó en 1950, Gardner Murphy, destacado psicólogo social y de la personalidad, reconoció la obra como un logro *monumental*: “No conozco ningún otro estudio que trate de forma tan sistemática, madura y competente el problema del prejuicio étnico y sus relaciones con la dimensión socioeconómica, política y

²⁵ *Ibid.*, pág. 603.

²⁶ “La imagen del líder moderno a veces parece el engrandecimiento de la personalidad del propio sujeto” (Theodor W. ADORNO: “Freudian Theory and the Pattern of Fascist Propaganda”, en A. Arato y E. Gephardt: *The Essential Frankfurt School Reader*, Londres: Bloomsbury, pág. 125).

otras dimensiones actitudinales”²⁷. El merecido elogio, sin embargo, no aborda la que hoy resulta la contribución más controvertida y urgente del estudio: su investigación de lo primitivo en el ser humano. Solo a partir del crucial descubrimiento de Freud de los impulsos inconscientes podía el estudio pretender comprender la estructura psicodinámica de la personalidad autoritaria a través de la distinción y la interpretación del contenido manifiesto y latente de la población investigada. El descubrimiento de Freud generaba –y aún hoy genera– tanto rechazo que, incluso cuando se asume sin más, se puede pasar por alto que el motivo del desarrollo del psicoanálisis no era perturbarnos sacando a la luz lo que subyace y define lo que está a la vista de todos, sino comprender por qué somos –individual y socialmente– incapaces de escapar a la repetición de nuestros propios orígenes, que se nos imponen como una calamidad, y en cierto modo liberarnos de eso. Se trata del desarrollo decisivo de la comprensión del modernismo como modernismo radical, esto es, la crítica más desarrollada de lo primitivo desde la perspectiva de lo primitivo. Al reconocer lo primitivo en nosotros y en el mundo que nos rodea, esta crítica no deplora lo primitivo para castigarlo triunfalmente desde una civilización superior; ni, en la identidad velada con su castigo, prescinde de reconocer lo *primitivo* como si la palabra misma fuera un crimen contra la naturaleza; y tampoco busca volver a lo primitivo como si fuera una solución a las devastaciones de la civilización.

En esta conceptualización psicoanalítica de lo primitivo, que comprende el sufrimiento psíquico como algo que se origina en las transformaciones de la represión de los impulsos primitivos y posibilita una nueva interpretación basada en el reconocimiento de esos impulsos, no solo se reflejan ideas compartidas por todos los antropólogos del movimiento de la cultura y la personalidad, sino la idea central de la filosofía de Adorno. Y aunque Adorno solo reconoció a Hegel como su maestro –y nunca habría puesto a Freud en su lugar–, lo que resuena en la frase final de *La personalidad autoritaria* es el entrelazamiento de Adorno con Freud. Esa frase dice: “Si el miedo y la destrucción son las *principales* fuentes emocionales del fascismo, el *Eros* corresponde *primordialmente* a la democracia”²⁸. Este apotegma iza una bandera estadounidense en lo que debe haber parecido un gesto alentador en

²⁷ Else FRENKEL-BRUNSWICK: *Selected Papers*, Madison: International Universities Press, 1974, pág. 19. Cfr. también *Psychological Issues* 8, no. 3 (1996), monográfico 31.

²⁸ Theodor W. ADORNO et. al.: *The Authoritarian Personality*, ob. cit., pág. 976. Cursivas del autor, a excepción de en eros.

la posguerra. Pero, en las palabras “principales” y “primordialmente”, y en parte a pesar suyo, la afirmación es sombría. Las advertencias son más que reveladoras de las dudas de los investigadores en la frase conclusiva del trabajo. Pues si hubieran creído de verdad que la destrucción, el *Thanatos* que no mencionan en la frase, pertenece tan exclusivamente al fascismo como el Eros a la democracia, no se hubieran embarcado en un proyecto de seis años para analizar el peligro de que el fascismo emergiera en una democracia. La cadencia idealizadora de esta frase final busca a tientas una creencia, al igual que nosotros deseáramos que fuera verdad, como si pudiéramos estar directamente inspirados por ello. De modo que los Estados Unidos, que por el momento siguen siendo una democracia, podrían consultar *La personalidad autoritaria* para entender mejor lo que han vivido en su reciente elección presidencial; podrían confiar en sus recursos democráticos para hacer frente a lo que cabría temer en la supuesta confrontación de la nación con un enemigo conocido –el fascismo–, un poder al que América ya derrotó una vez con orgullo en batallas que legitimaron su hegemonía de posguerra, hoy ya expirada. Y si el apotegma fuera verdadero en cada uno de sus aspectos, incluyendo la identidad que establece entre lo político y lo psicológico –la tautología que presuponen los investigadores–, entonces la minuciosa labor que se nos exige en tanto que investigadores para desenterrar hasta el último detalle de las reflexiones y técnicas de la *La personalidad autoritaria* sacaría a la luz la apreciada piedra de Rosetta de la psicología social. Vendría hacia nosotros asintiendo, desenterrada de las profundidades de su aterrador pasado dirigiéndose hacia nuestro estremecedor presente con lúcidas explicaciones sobre lo que este mundo lleva tiempo siendo, acompañada por tablas que permiten distinguir a los que puntúan alto en antisemitismo de los que puntúan bajo en etnocentrismo.

¿ES FASCISMO?

Durante guerra el enemigo se dio nombre a sí mismo, inmemorablemente. Y para los investigadores de Berkeley, varios de los cuales lograron escapar de su realidad con sus vidas, el significado de ese nombre resonaba en sus sinónimos sobreentendidos: *autoritarismo*, *totalitarismo* y *antisemitismo*. Los términos se usaban indistintamente a lo largo del estudio. Difícilmente se les hubiera ocurrido distinguir, por ejemplo, el fascismo del autoritarismo. Pero, aún si se les hubiera ocurrido, el programa de investigación no dejaba mucho margen para esas distinciones. La presu-

posición tautológica de la investigación obvió cualquier consideración de un análisis político comparado. Por ejemplo, cuando Adorno escribe en *La personalidad autoritaria* que “la persona con muchos prejuicios tiende al ‘totalitarismo psicológico’, algo que parece casi una imagen microcósmica del estado totalitario al que aspira,” no queda duda alguna de lo que el estudio buscaba²⁹. Esto cerraba herméticamente la obra, excluyendo la reflexión histórica o política. La naturaleza aislada de la investigación, por un lado, permitió a la potente retórica de Adorno esas afirmaciones sobre el micro y el macrocosmos, en las que lo micro podía ser también macro y viceversa. Pero, por otro lado, hay motivos que inducen a pensar que, aunque este aislamiento hizo posible la investigación –y posibilitó que Adorno colaborase en un estudio psicoanalítico–, hubo que pagar un precio muy alto por ello. Pues tras seis años de investigación, los resultados obtenidos eran inesperadamente contradictorios y se refutaban a sí mismos. Buena parte de los sujetos que habían obtenido altas puntuaciones en varias escalas que medían el carácter etnocéntrico evidenciaban disposiciones liberales, mientras que los que habían obtenido puntuaciones bajas en esas mismas escalas, y que por tanto carecían en principio de una tendencia al prejuicio, evidenciaban disposiciones psicológicas puramente convencionales. Estos resultados desafiaban la pretensión del estudio de haber comprendido la realidad psicodinámica de la personalidad autoritaria y etnocéntrica. Curiosamente, Adorno especuló sobre cómo reconciliar estos resultados entre sí. Pero una implicación obvia de los contradictorios resultados del estudio –aunque Adorno no estaba preparado para tomarla en consideración, y es difícil pensar cómo podría haberlo estado– es que los resultados demostraban que en la relación entre la realidad psicológica y la realidad social de los individuos había bastante más que diferenciar que lo que la estructura del estudio permitía. Pero si el propio Adorno no investigó esta posibilidad, el proyecto en su conjunto reconocía que quedaban muchas lagunas en el trabajo. Pues incluso cuando los resultados de los sujetos en las distintas entrevistas y escalas arrojaban datos coherentes, los investigadores afirmaban que a grandes rasgos seguían “prácticamente en la oscuridad”³⁰. Aunque el estudio podía discernir en su muestra claras tendencias a la violencia, no tenía capacidad para decir cuáles de los sujetos estudiados estaban listos para rendirse al fascismo, para apoyarlo o para hacer cualquier cosa que se les pidiera.

²⁹ *Ibid.*, pág. 633.

³⁰ *Ibid.*, pág. 972.

El reconocimiento de las limitaciones del trabajo fue sincero y ayudó a abrir el estudio a décadas de críticas serias y productivas. Desde entonces se ha acumulado tanto material que ningún lector podría revisarlo más que de forma esquemática. Se puede asumir, como se ha señalado en múltiples ocasiones, que entre todas las razones por las que el estudio seguía “prácticamente en la oscuridad” destacaba que los investigadores psicoanalíticos no estaban en condiciones de distinguir las actitudes simbólicas de las pragmáticas, una distinción habitual en psicología social. Las actitudes simbólicas “apenas tienen relevancia personal para el individuo, sino que están relacionadas con... el código moral [del individuo] o con el sentido de cómo se debe organizar la sociedad”³¹. Sus implicaciones concretas y objetivos directos son limitados, en evidente contraste con las actitudes “pragmáticas”. En otras palabras, una cosa es disfrazarse de nazi para una fotografía en una página web, posando con la vista fija hipnóticamente en una tierra distante de superioridad racial, y otra muy distinta es tener un ideal de supremacía racial acompañado de la intención de fundar la sociedad sobre una violencia racial que implica –como en el nacionalsocialismo– estar dispuesto a matar por ese objetivo. Pero aún si los investigadores hubieran dispuesto de esta distinción, no hubieran podido utilizarla. Pues investigar la distinción entre actitudes simbólicas y pragmáticas requiere una reflexión social y política, y no hay nada de eso en *La personalidad autoritaria*. Al percibir esa limitación, la urgente cuestión de psicología social que los autores no abordaron se revela no menos urgente en nuestros días a la hora de entender las condiciones en las que puede o no darse el paso –en el cual bien podrían estar los Estados Unidos– de posar en una foto a pasar a los hechos, de las actitudes simbólicas a las pragmáticas.

Aunque era su responsabilidad, Adorno, el principal sociólogo del grupo, no ayudó al proyecto en este sentido. Esta distinción, en estos precisos términos, no era lo que su pensamiento estaba mejor preparado para entender. Su ausencia indica el sentido en el que es cierta la acusación –por lo demás falsa– de que su obra carece de praxis. Y aunque los psicoanalistas admitieron el misterio de esta distinción cuando emergió con evidencia en sus resultados, su propio trabajo no pudo reflejarlo en otro tipo de colaboración psicosocial. Estas limitaciones, debidas a la falta de reflexión sociopolítica, pueden encontrarse por todo el proyecto y continúan dificultando la contribución que *La personalidad autoritaria* podría hacer hoy

³¹ Richard E. NISBETT y Dov COHEN: *Culture of Honor: The Psychology of Violence in the South*, Boulder: Westview Press, 1996, págs. 70-72.

de cara a comprender la realidad política estadounidense. Pues si para comprender la situación americana hoy tuviéramos que restringirnos a los términos del estudio, en su uso indistinto de fascismo y autoritarismo –en la ausencia de reflexión socio-política– solo se podría dar la razón al distinguido columnista del *Washington Post* Robert Kagan cuando afirmaba, en alarmada previsión del candidato autoritario un año antes de su elección, que “así es cómo el fascismo llega a América”³². Desde que lanzara esta alerta, la rítmica referencia a Trump como *fascista* no ha hecho sino incrementarse, como si la evidencia de la acusación bastara para derribar al enemigo. *La personalidad autoritaria* no puede explicar por qué esa acusación no acierta en su blanco. Es necesario diferenciar. Y solo los principiantes pueden afirmar que el fascismo alemán fue una crítica contrarrevolucionaria del capitalismo que quería reconstruir una sociedad cuyas principales instituciones se habían hundido tras la crisis económica de 1929. Esa reconstrucción no se basaba en una restauración del capitalismo, como ocurrió en Estados Unidos con Franklin Delano Roosevelt, sino en generar una *nueva* sociedad de *hombres nuevos* y *mujeres nuevas* – un nuevo tipo humano cuya estructura de personalidad trató de inculcar y manipular el estado nazi– que fueran capaces de practicar la violencia y la dominación inmediata en todas las dimensiones de una sociedad basada en la jerarquía racial a escala planetaria³³. La sociedad alemana se desintegró tan totalmente que las instituciones sociales solo podían sobrevivir a base de establecer su propia autonomía frente a las otras y el resto de la sociedad. El resultado fueron islas autónomas de dominación que se evitaban recíprocamente, en algunos casos tan aisladas que su supervivencia requería líneas independientes de suministro³⁴. La idea adorniana de autonomía, extraordinariamente hipertrofiada –casi fluorescente–, como si lograrla fuera todo lo que puede hacerse, incluso inútilmente –si es que tiene sentido hablar así– para salvar las dificultades, puede tener parte de su origen en esta particular situación.

Por ello hay razones para preguntarse si la investigación de un nuevo tipo antropológico en Estados Unidos no pertenecía más a la nación que los investigadores temían que a la que estaban estudiando. En un punto del trabajo en el que se

³² Robert KAGAN: "This is How Fascism Comes to America", *The Washington Post*, 18 de mayo de 2016.

³³ Peter FRITZSCHE y Jochen HELLBECK: *Beyond Totalitarianism: Stalinism and Nazism Compared*, Cambridge: Cambridge University Press, 2008, págs. 302-344.

³⁴ Michael GEYER: "The Nazi State Reconsidered", en Richard Bessel (ed.): *Life in the Third Reich*, Oxford: Oxford University Press, 1987, págs. 57-67.

rompe su tono ahistórico, Adorno formula la tesis –presente en muchos de sus escritos, incluida su historia de la música– de que este nuevo tipo humano era resultado del desplazamiento de las estructuras competitivas de la economía liberal en favor de poderes monopolistas. La consecuencia era una incapacidad psicodinámica para internalizar la imago del padre y –en un razonamiento que no se desarrollará aquí– un decaimiento de lo que había sido la estructura del individuo autónomo. Puede haber algo de cierto, incluso mucho, en esa transformación de la figura del padre, especialmente en lo que respecta a la fatídica transformación de la ciudad de Frankfurt, históricamente liberal, en la que Adorno creció. Pero aún sin examinar esta tesis en detalle, no puede ser correcta la idea de que el final de la economía liberal y los Estados Unidos es lo que explica lo que estaba ocurriendo a nivel psicodinámico. Pues lo que Tocqueville pudo detectar en la América jacksoniana no fue solo la empresa primordial del nuevo presidente de los Estados Unidos. Cien años antes del trabajo de Adorno –y en una economía liberal– Tocqueville ya intentaba comprender la transformación de la individualidad que se estaba produciendo en una sociedad regida por el principio de igualdad. Mientras que esa sociedad tendía a lo que *faute de mieux* denominó *tiranía*, fue uno de los primeros sociólogos modernos en mostrar que esa transformación no solo impide la resistencia frente a ella, sino que esa incapacitación se produce *dentro* del individuo. Como escribe Tocqueville, la dinámica de la igualdad en América –una idea vinculada al desarrollo del principio de identidad en Adorno– destruye “los poderes individuales que habían sido... capaces de lidiar con la tiranía en solitario” y produce una “debilidad de todo”³⁵. Esta imbricación de autoridad y sumisión se produce de un modo que impide de tal manera toda posible oposición que sorprendió a Tocqueville, que quería defender con “una especie de temor religioso” la posibilidad de la democracia frente al agente mismo de su emergencia. En una sola frase y con la impresionante lucidez de un pensador que, al igual que Adorno, era un crítico de la ilustración, si bien era un conservador en la tradición de Guizot, Tocqueville ya había detectado lo que sería la tesis general de *La personalidad autoritaria* cuando escribía: “¿Quién puede decir dónde se detendrán las exigencias de la autoridad y el sometimiento de la debilidad?”³⁶.

Reconocer las limitaciones de *La personalidad autoritaria* incita a considerar que acusar al nuevo gobierno de fascista puede ser engañoso –sea lo que sea que pue-

³⁵ Alexis de TOCQUEVILLE: *Democracy in America*, ob. cit., pág. 15.

³⁶ *Ibid.*, pág. 313.

dan tener en común el gobierno y el fascismo, que es real y urge comprenderlo-. Involuntariamente, aunque también de forma interesada, la combinación encubre la parte más dura de la situación contemporánea, que implica reconocer que el ideal empresarial que encarna el nuevo gobierno puede ser todo lo que queda de la idea de libertad. Es el gobierno privado del orden corporativo, cuya forma de mandato es autoritaria y empresarial, lo que las últimas elecciones han establecido como una especie de gobierno nacional propietario³⁷. La afirmación del nuevo gobierno de que “las normas y las instituciones están hechas para infringirlas” es el espíritu de la empresa misma³⁸. Al tomar esta postura, el nuevo gobierno ha adoptado el rol de una nación rezagada y vengativa a la que se le ha estafado la hegemonía y que el mundo ha dejado injustamente atrás. Esa postura ha consolidado la agresión necesaria para intentar invalidar leyes, tratados, normas y condiciones que regulaban los asuntos internos y las competencias internacionales. Otras naciones, fascistas y no fascistas, han seguido esta estrategia; Suecia, por ejemplo, ya lo había hecho en el siglo XVII³⁹. Todas fracasaron desastrosamente en lo que ahora se está convirtiendo en una táctica espontánea a nivel mundial, nación por nación. Pues –si es que no estamos ya en años que carecen de estaciones– pronto viviremos en un mundo en el que toda la humanidad, cada una de las personas que la componemos, se sentirá privada y despojada por fuerzas opacas cuyos múltiples nombres seguirán sin poder dar cuenta de todas ellas.

La rebarbarización indica por qué *La personalidad autoritaria*, pese a verse lastrada por su falta de comprensión sociohistórica, era un proyecto valioso que merecía la pena emprender. Pues, aunque al llamar la atención sobre los peligros que comportaba para la democracia el auge inusitado de las desigualdades a manos de una “aristocracia industrial”, Tocqueville logre describir la sociedad estadounidense con más precisión que Adorno, aplicar las reflexiones de Tocqueville a *La personalidad autoritaria* no implica desacreditar el estudio en nombre de una perspectiva sociohistórica perspicaz y de la labor más habitual de los historiadores. Lo que los científicos de Berkeley tenían ante sí era mucho más complejo que lo que Tocqueville tuvo que comprender; implicaba un avance y requería alejarse, como por un olvido, del nivel de la realidad sociohistórica que Tocqueville aún pudo observar.

³⁷ Elizabeth S. ANDERSON: *Private Government: How Employers Rule our Lives*, Princeton: Princeton University Press, 2017, págs. XIX-XXIII.

³⁸ James PONIEWOZICK: "Mr. Reality TV Goes to Washington", ob. cit. Cfr. *Psychological Issues*, 9.

³⁹ Jeffrey KOPSTEIN y Mark LICHBACH: *Comparative Politics*, Cambridge: Cambridge University Press, 2000, pág. 120.

Esto es evidente si nos percatamos de que la dialéctica de la igualdad, que Tocqueville⁴⁰ temía con “una especie de temor religioso”, llevaría –como escribió en la última frase de su gran trabajo– a la “servidumbre o a la libertad, al conocimiento o la barbarie”. Pues Tocqueville concibió esta dinámica de rebarbarización como una *vuelta* a la barbarie en el hundimiento de la civilización entendida como exacta antítesis de la barbarie. Todavía no se había visto obligado a considerar la cuestión que Adorno intentaba comprender a lo largo de toda su obra y que sigue siendo la idea más difícil, urgente y a menudo intolerable del modernismo radical: la noción psicoanalítica de que la recurrencia de lo primitivo en nuestras vidas no es una regresión a un nivel que se había dejado atrás en el desarrollo de la sociedad europea tras su bárbara descomposición, sino una realidad arcaica que se reproduce constantemente⁴¹. En “La teoría freudiana y el patrón de la propaganda fascista”, un ensayo escrito justo después de finalizar *La personalidad autoritaria*, por ejemplo, Adorno cita *El malestar en la cultura* como si el propio Freud estuviese defendiendo la propia tesis macrosocial de Adorno sobre los orígenes del fascismo: “En tanto que rebelión contra la civilización, el fascismo no es simple reaparición de un pasado arcaico, sino su reproducción en la civilización y por la civilización misma”.⁴² Esto no solo afirma que la civilización produce barbarie, sino que la civilización misma es la reproducción de la barbarie en forma de fascismo. Al margen de lo que buscara al distorsionar a Freud para apoyar su postura, Adorno era plenamente consciente de que Freud no hubiera aceptado esta tesis. Pues la tesis de Adorno implica que, en la medida en que la obra de Freud es civilizatoria, ella misma es una dinámica del fascismo.

LA DEDUCCIÓN TRASCENDENTAL DEL PSICOANÁLISIS

La personalidad autoritaria es un estudio psicoanalítico, totalmente atravesado por inquietudes psicoanalíticas, pero el lugar del psicoanálisis en la investigación no es simple ni puede darse por sentado. De los cuatro investigadores principales, los capítulos de Else Frenkel-Brunswick demuestran una destreza psicoanalítica muy desarrollada, aunque también los otros eran impresionantemente capaces. El pro-

⁴⁰ Alexis de TOCQUEVILLE: *Democracy in America*, ob. cit., pág. 705.

⁴¹ Cf. Robert HULLOT-KENTOR: "A New Type of Human Being and Who We Really Are", *Brooklyn Rail*, 10 de noviembre de 2008 y "What Barbarism Is?", *Brooklyn Rail*, 3 de febrero de 2010.

⁴² Theodor W. ADORNO: "Freudian Theory and the Pattern of Fascist Propaganda", ob. cit., pág. 127.

pio Adorno estaba sin duda bien preparado para el proyecto, conocía a fondo todo el corpus de los escritos de Freud, y a veces página por página. Fue uno de los primeros filósofos del siglo XX en desarrollar un pensamiento indisolublemente vinculado con el psicoanálisis en su estilo interpretativo, sus observaciones y modelos conceptuales. Al emigrar a los Estados Unidos, donde se uniría al proyecto de investigación sobre la radio dirigido por Paul Lazarsfeld, Adorno llegó a afirmar en su *curriculum vitae* que era un “investigador psicoanalítico”. Sin embargo, no tenía formación psicoanalítica y nunca se hubiera sometido a una formación supervisada en ese campo. Tampoco tenía ninguna experiencia con el tratamiento psicoanalista, cosa que habría rechazado vehementemente a menos que fuera una ocasión de que él fuera el analista. En su obra solo pueden encontrarse indicaciones contrarias a cualquier tipo de interés psicoanalítico en su propia vida psíquica. Aparte de referirse de manera sumaria a la profundidad de la infancia, rara vez reflexiona sobre la realidad de sus primeros años excepto para señalar la perturbación de ese reino por parte de los matones o la prontitud de su propia precocidad. Y mientras que los descubrimientos psicológicos de Freud se desarrollaron a partir de la interpretación de los sueños, la colección de sueños que Adorno preparó para su publicación póstuma usa los sueños para todo salvo para la reflexión psicológica. Esos sueños, que dice haber transcrito espontáneamente al levantarse, son obras maestras de elaboración secundaria espontánea en la que el autor protege sus visiones de posibles preguntas psicológicas. Por ejemplo, un comentario que Adorno añade a uno de sus sueños –en el que Jürgen Habermas le advierte de que su propensión a “rendirse internamente a cualquier cosa que le emocionara” podría acabar en un cáncer– es que la inhibición de Habermas podía haber sido producto del tratamiento psicoanalítico. Hasta ahí el contenido latente y el manifiesto. Si cada sueño contiene su propia interpretación, solo quien sueña tiene la clave, y Adorno se la guarda rigurosamente. Ese no es el modo de proceder de un investigador formado en el psicoanálisis. En *Minima Moralia*, Adorno sube la apuesta en su caracterización del aspecto inhibitorio del tratamiento psicoanalítico, que consideró injusto hacia la autonomía humana, y lo asocia con el autoritarismo de la imaginación fascista como un *regnum* de pronunciamiento nosológico⁴³.

⁴³ Mientras que los positivistas del Círculo de Viena, los máximos antagonistas de Adorno, buscaban desarrollar una defensa filosófica frente al psicoanálisis, muchos de los ataques de Adorno al psicoanálisis –incluso en el contexto de lo que podría ser un antagonismo fundamental entre filosofía y psicología– podría clasificarse como en el límite de la majadería. Aquí comenta sobre el destino de sus pacientes: “Al enajenarle respecto a sí mismo, junto con su unidad el psicoanálisis de-

Aunque Adorno hizo un uso considerable del psicoanálisis, y su obra está repleta de observaciones psicológicas, a menudo agudas; consideraba el psicoanálisis algo que se aplica a los otros, pero no a uno mismo –y sin embargo sin eso no hay psicoanálisis–. Cuando se preguntaba en su ensayo “Sobre la música popular” si la “distinción psicoanalítica entre consciente e inconsciente esta aún justificada”⁴⁴, uno se pregunta si conoció en absoluto las realidades sobre las que especula arrogantemente. En los pasajes de *Minima moralia* que escribió en los años en que trabajaba con los científicos de Berkeley, su crítica del psicoanálisis es tan categórica que uno se pregunta cómo fue capaz de participar en *La personalidad autoritaria*. La respuesta es que cuando Adorno hacía psicoanálisis a los otros, no siempre era tan psicoanalítico. El ensayo que Adorno escribió esos mismos años, “Stravinsky o reacción” –la contrafigura del ensayo “Schönberg o el progreso” en *Filosofía de la Nueva Música*– es clarificador. En este trabajo Adorno desarrolla una tipología de diagnóstico psicoanalítico de enfermedades mentales graves –hebefrenia, catatonía, psicosis y despersonalización– que es bastante similar al uso de la “paranoia” en los “Elementos de antisemitismo”. En este último texto, Adorno quería usar el modelo psicoanalítico de la paranoia para mostrar cómo al antisemita le está vetado todo conocimiento del objeto mismo y de qué manera desarrolla un odio destructivo hacia el objeto que se proyecta en su lugar, un fantasma del desarrollo reprimido del impulso mimético hacia el objeto. En el ensayo sobre Stravinsky, por su parte, la nosología de los trastornos mentales agudos se convierte en un análisis de las técnicas de la mala composición. Adorno quería analizar los elementos motivicos y técnicos de la música de Stravinsky que delinear su incapacidad para lograr la composición autónoma de las obras más logradas de Schönberg. El éxito o el fracaso estético –una capacidad para el objeto mismo que Adorno caracteriza como progreso o reacción política– depende, en el caso de Stravinsky, de la debilidad psicológica. El análisis, sin embargo, no se refiere al Stravinsky empírico, ni psicológica ni políticamente. Adorno lo distingue explícitamente. La idea de psicoanalizar a

nuncia su autonomía, y lo somete así completamente al mecanismo de la racionalización, a la adaptación.” El ego debe “capitular. Al final la sabiduría del psicoanalista llega a ser lo que le atribuye el inconsciente fascista de las revistas sensacionalistas: una técnica por la que una determinada camarilla atrae a personas atormentadas e indefensas para dominarlas y explotarlas ... Lo que antes era ayuda gracias a un mayor conocimiento se convierte en la humillación de otros a través del privilegio dogmático”. “Psicología” es “el fraude abismal de lo meramente interior” (Theodor W. ADORNO: *Minima Moralia*, ob. cit., pág. 64).

⁴⁴ Theodor W. ADORNO: "On Popular Music", en *Current of Music*, Cambridge: Polity Press, 2008, pág. 307.

Stravinsky, o de considerar que su postura política definiera su labor estética, sería para Adorno una parodia de la estética. Lo que quiere interpretar es el bloqueo, no el individuo. Aunque se parezca enormemente al psicoanálisis, es como si los mecanismos de defensa psicológica se hubieran convertido en elementos del espíritu objetivo en un mundo sin objetos.

Los conceptos psicoanalíticos permiten a Adorno especular sobre cómo estos mecanismos, funciones del bloqueo —de una sociedad construida bajo el principio de intercambio—, dan lugar a proyecciones páticas con base objetiva que, al mismo tiempo, parecen propias de una subjetividad omnipotente⁴⁵. Adorno podría haber utilizado a Freud para naturalizar a Kant, pero su intención fue la contraria. Traduce a Freud —a veces a grandes rasgos, a veces en detalle— a elementos epistemológicos con una intención meta-epistemológica. En la tercera parte de *La personalidad autoritaria*, “Los estudios cualitativos de la Ideología”, a la que se refiere como una fenomenología, Adorno comienza elaborando un análisis transcendental de la constitución del objeto etnocéntrico. Si unos años antes había analizado las técnicas de la música popular para presentar objetos estereotipados como si fuesen ocurrencias singulares⁴⁶, aquí presenta las condiciones subjetivas de la existencia de una especie de objeto estereotipado alucinatorio como si fuera un individuo: “El judío ha de ser tangible, pero no demasiado; ha de ser históricamente plausible y quedar definido en estereotipos rígidos y bien conocidos; debe tener rasgos acordes con sus tendencias destructivas, incluidas su tendencia al clan, la debilidad y el masoquismo”⁴⁷. El objeto ha sido constituido en su totalidad y no tiene relación alguna con lo Judío *per se*. Adorno confirma la naturaleza constituida del objeto al explicar que solo tiene una existencia “funcional”: proporciona un modelo de orientación “en un mundo frío, alienado y en gran medida ininteligible”⁴⁸. En este punto, la tesis se ha convertido en un híbrido de psicología pragmática y existencialismo marxista; no es para nada psicoanalítica. Por ello Adorno adscribe la tesis al psicoanálisis casi como una ocurrencia tardía: cuando la persona prejuiciosa experimenta el conflicto inevitable entre el estereotipo del objeto que ha constituido y la

⁴⁵ George CAVALLETO: *Crossing the Psychological Divide: Freud, Weber, Adorno and Elias*, Abingdon: Routledge, 2016, pág. 261.

⁴⁶ Theodor W. ADORNO: "On Popular Music", ob. cit., pág. 468.

⁴⁷ Theodor W. ADORNO et. al.: *The Authoritarian Personality*, ob. cit., pág. 608.

⁴⁸ *Ibid.*, pág. 608-II.

experiencia real, el conflicto se resuelve en favor de los deseos inconscientes y la destructividad del antisemita⁴⁹.

Esto ayuda a explicar cómo es que Adorno podía considerarse un investigador psicoanalítico y participar en un estudio psicoanalítico a la vez que en *La personalidad autoritaria* trabajaba en términos sustancialmente diferentes de cara a traducir las realidades psicológicas en estructuras epistemológicas que pueden ser criticadas como elementos de la mente representacional. La idea es brillante, profundamente iluminadora y acierta en algo real. Pero a la vez que emplea conceptos psicoanalíticos con soltura, si bien con poca experiencia psicoanalítica de esos conceptos, Adorno excluye buena parte de lo que el psicoanálisis considera vida psíquica. La complejidad del problema de tolerar la realidad y aceptarla, de ser capaz de utilizar la propia capacidad de pensar, es infinitamente más complicado de lo que Adorno quería creer. En el texto hay afirmaciones esquemáticas sobre la infancia, pero escasa comprensión del asunto. En nombre del psicoanálisis –y en aseveraciones tales como que la compulsión psicológica es lo que los sociólogos llaman reificación⁵⁰–, Adorno parece encapsular y, en cierto sentido, vaciar una dimensión de la vida cuya comprensión fue el logro revolucionario del psicoanálisis. Adorno pretende incluso arrastrar la psicología, como cualquier tipo de realidad humana, y con ella el psicoanálisis, hacia su metacrítica de la epistemología, y lo hace con implicaciones sorprendentes. En “La teoría freudiana y el modelo de propaganda fascista”, Adorno escribe que “no es una exageración” decir que en *Psicología de masas y análisis del Yo* Freud “claramente anticipó” a nivel teórico el ascenso del fascismo en una especie de clarividencia psicoanalítica⁵¹. Esta sorprendente tesis, en la que Adorno basa todo el ensayo, requiere una retórica engañosa: la única razón que tiene el autor para decir que la afirmación “no es una exageración” es que es tan obvio que es justamente eso, y lo reconocido debe ser cuidadosamente analizado y normalizado. Este es el rol del “claramente” en el “claramente anticipó”, como si ya se hubiera descartado toda posible duda. A continuación, Adorno potencia el encantamiento e invoca con aparente muestra de consideración “la clarividencia” de Freud al pronosticar el fascismo. Pero puede percibirse que esto no es del todo un cumplido al gran psicólogo. Pues, conforme Adorno desarrolla su tesis, la clarividencia incons-

⁴⁹ *Ibid.*, pág. 608-II.

⁵⁰ *Ibid.*, pág. 487.

⁵¹ Theodor W. ADORNO: “Freudian Therapy and the Pattern of Fascist Propaganda”, *ob. cit.*, pág. 120. Cursivas del autor.

ciente de Freud le permite identificar *Psicología de masas y análisis del yo* con la emergencia del fascismo. Esto coloca a Freud, el visionario, bajo el control de un hechicero aún mayor, que sabe de magia y al mismo tiempo pretende envolver la teoría freudiana de los sueños y el inconsciente en la astucia de la historia. El cumplido al psicólogo, por tanto, resulta en su contrario. Después de admirar a Freud en su *Psicología de masas* por “restringirse al campo de la psicología individual”, esta restricción resulta fatal para el psicoanálisis. Pues, como Adorno prosigue adoptando la perspectiva de la razón filosófica racionalista, la “denominada psicología del fascismo es producto de la manipulación”, de dispositivos fascistas racionales, y eso solo puede explicarlo “una teoría de la sociedad que trascienda el ámbito de la psicología”. Toda afirmación de que el fascismo es una realidad psicológica es en el fondo “esencialmente fascista”, ya que el fascismo “no es un asunto psicológico, y todo intento de entender sus raíces y su papel histórico en términos psicológicos se queda en el nivel de ideologías tales como la de las ‘fuerzas irracionales’ promovidas por el propio fascismo”⁵².

Adorno habría quedado totalmente desacreditado si hubiera desarrollado esto para afirmar que Freud y la vida psíquica –una frase que Adorno nunca utiliza– son por eso fascistas. Y Adorno logra no extraer las conclusiones que su argumentación insinuaba. En cambio, termina el ensayo apropiándose de la fuerza del psicoanálisis para su propia tesis. Descubrimos que Freud, ahora derrotado, no consideraba la psicología –que en el psicoanálisis quiere decir vida psíquica– un aspecto inherente a la humanidad. Según Adorno sabemos esto porque Freud sostenía que *el Ello debe convertirse en Yo*. Si algo parece haberse malinterpretado en el sintagma –y esto ha de leerse detenidamente–, hay algo que debe ponerse totalmente en duda: “Para Freud el concepto de psicología es esencialmente negativo. Define el campo de la psicología mediante la supremacía del inconsciente, y postula que donde está el Ello ha de hacerse el Yo. La emancipación del ser humano de la norma heterónoma de su inconsciente equivaldría a la abolición de su ‘psicología’”⁵³. La inversión es excitante, pero uno preferiría no apresurarse a intentarlo; eso sería Timothy Leary *avant la lettre*, incluso si eso no es en absoluto lo que Adorno preten-

⁵² *Ibid.*, pág. 135.

⁵³ *Ibid.*, pág. 136. En la *Dialéctica negativa* Adorno siguió desarrollando esta idea como el “impulso adicional –o necesitado–”; esta idea se asemeja bastante a algunos aspectos del modelo de las pulsiones de Freud. En “La teoría freudiana y el modelo de propaganda fascista” Adorno utiliza el término ‘psicología’ entre comillas simples para referirse al psicoanálisis de una manera más amplia. Se ha mantenido este criterio aquí cuando se habla de *psicología* en el mismo sentido que lo hacía Adorno.

día. En este punto, la comprensión de Freud por parte de Adorno parece insuficiente o intelectualmente oportunista. Pues, en su conocida imagen, Freud concibió el Yo como “jinete” del Ello, una imagen y un concepto del Yo que en la tesis de Adorno carecen de sentido. Cuesta creer que el propio Adorno pudiera creerse lo que desarrolló en este ensayo –tiene que haber algo más–, y eso pesa sobre él cuando se pregunta en nombre del lector: “Uno podría preguntarse: ¿por qué la psicología de masas analizada aquí [la de Freud] sería algo peculiar del fascismo y no de otros movimientos que requieren apoyo masivo?”. En la frase siguiente Adorno hace saber a ese lector entrometido –que resulta ser una dimensión de sí mismo que mantiene a distancia– que la pregunta es ingenua: “Incluso la comparación más fortuita de la propaganda fascista con la liberal... mostrará que esto es así”⁵⁴. Y si bien, como se ha dicho, tiene que haber más razonamiento del que parece, cabe reconocer que la propia idea de una vida sin psicología y emancipada para el objeto es coherente con todos los momentos inverosímiles de Adorno: la tesis de una vida ininterrumpida, la tesis de una vida sin sufrimiento y la cornucopia de la naturaleza resurgida del paisaje mesiánico, como una especie de religión civil filosófica, como objetos de devoción de una filosofía austera y estrictamente negativa que no da el brazo a torcer en su oposición desesperada a una nación fascista entregada al asesinato y a la muerte más allá de toda fe⁵⁵.

Uno podría mofarse de los sacramentos de esta religión civil si en Tiempo Real no cortara el aliento leer en las tesis en las que Adorno condensa la experiencia del Nacional Socialismo que “hemos olvidado cómo desear”⁵⁶. Pues la temporalidad del Tiempo Real está marcada ante todo por el desvanecimiento de toda posteridad; en el plazo de unos treinta años, de la imposibilidad de que haya insectos que vuelen.⁵⁷ Y sin posteridad no hay nada que anhelar, y esa es la desesperación que se experimenta en la velocidad sin movimiento que es el Tiempo Real. Como ha escrito el senador Bob Corker en una frase siniestramente literal sobre el inusitado expolio del futuro que se está planeando entre el Congreso y el ejecutivo en las negociaciones sobre la reforma de los impuestos: “En Washington hay fiesta

⁵⁴ *Ibid.*, pág. 136.

⁵⁵ Gregor ZIEMLER: *Education for Death*, Oxford: Oxford University Press, 1941.

⁵⁶ Theodor W. ADORNO: *Dream Notes*, Cambridge: Polity Press, 2007, pag. 7.

⁵⁷ “Incluso los organismos más exitosos que hayan existido nunca sobre la faz de la tierra se están viendo aplastados por la escala titánica de la empresa humana” (Michael McCarthy: “A Giant Insect Ecosystem is Collapsing due to Humans. It’s a Catastrophe”, *The Guardian*, 21 de octubre de 2017).

como si no hubiera un mañana”⁵⁸. Puede que pronto haya otra victoria en la capital de los enfurecidos. A los que se auto-invitaron se les ha estafado de forma tan humillante lo que nunca tuvieron que –si la previsión formara parte de sus cálculos– parecería que el único placer que pueden reivindicar en su triunfo es asegurarse de que no habrá nadie más. El “como si no hubiera un mañana” del senador Corker está escrito en letras torcidas, como si fuera una lengua que ya está cayendo en el olvido.

LA DESINTERPRETACIÓN DE LOS SUEÑOS

En *Minima Moralia*, Adorno escribe que “el horror está más allá del alcance de la psicología”⁵⁹. Puede que Adorno tenga razón en esto; en cierto sentido, y urgentemente, creo que la tiene. La fórmula define negativamente una capacidad de su obra que difiere de la psicología y de la significación que ésta preserva. Pero a pesar del sentido en el que Adorno acierta en su tesis, y a pesar del modo en que el Tiempo Real no está al alcance de la psicología –no en cuanto tal–, Adorno se equivocaría, y se equivocaba al imaginar que su propia capacidad de entregarse a la experiencia era mayor que la capacidad de los psicoanalistas de entregarse a la realidad, a sus pacientes y a su lucha por la autonomía y a lo que puede ser el horror de sus vidas. Eso forma parte de toda práctica psicoanalítica, por no mencionar el que sigan trabajando con generaciones de supervivientes del Holocausto y sus descendientes, sino solo el grado de horror propio de cada infancia, por muy afortunada que sea. Si el horror estuviera más allá de “la psicología”, la tesis de Freud de que el psicoanálisis “no tiene otro propósito que arrojar luz a las cosas retrotrayendo lo manifiesto a lo oculto”⁶⁰ sería un engaño. Resulta –y es un enigma importante– que la agudeza auditiva para la música y la literatura, que Adorno demuestra poseer en el máximo grado y que es el impulso motivico de toda su obra y de la capacidad de percepción histórica de su trabajo filosófico, no es índice de la capacidad de un individuo para escuchar a otro o saber lo que está diciendo. Esta aptitud –para el arte– y sus intensidades potencialmente abrumadoras puede desarro-

⁵⁸ Thomas KAPLAN: "White House Requests More Disaster Aid but Also Seeks Cuts as Deficit Rise", *New York Times*, 17 de noviembre de 2017.

⁵⁹ Theodor W. ADORNO: *Minima Moralia*, ob. cit., pág. 164.

⁶⁰ Sigmund FREUD: "On the Universal Tendency to Debasement in the Sphere of Love", *The Complete Psychological Works of Sigmund Freud*, Vol. 18, Londres: Hogarth Press, 1950, pág. 187.

llarse contra esta última y bloquearla por completo, junto con cualquier posibilidad de llegar a saber lo que se ha perdido con ella.

En la tesis de que “el horror está más allá del alcance de la psicología”, a Adorno –por lo demás una mente alerta a cualquier potencial inversión, incluso del Yo y el Ello– no se le ocurrió tomar en consideración lo que implicaría que la psicología pudiera, del mismo modo, estar más allá del alcance de la filosofía crítica. Esta inferencia no era un detalle que Adorno pasara por alto. Toda su filosofía, su lenguaje del sufrimiento, depende de esta omisión, que Hegel podría haber llamado *dogmática* salvo porque ella misma –su falta específica de reflexión– es un aspecto dogmático de la propia filosofía de Hegel. Como ha señalado Dieter Henrich⁶¹, el idealismo es un idealismo no fundado sobre lo mental. La obra de Adorno llega a ser una voz de la historia en función de este aspecto del idealismo absoluto. Su filosofía potencia la incapacidad de la dialéctica hegeliana para la actividad mental, lo que incluye necesariamente la vida psíquica que estudia la teoría psicoanalítica. Hegel no tenía otro modo de solventar la cuestión de la mente representacional, la separación sujeto-objeto, la cosa en sí, que convertir la subjetividad en el movimiento del *concepto* como heredero directo de la unidad de apercepción de Kant, que se convirtió en el *Geist* mismo –pero no en tanto que mente individual–. Dicha mente individual, en sentido psicoanalítico, no debe y no puede existir en el pensamiento de Hegel. Solo en base a la reducción radical de la actividad mental del individuo, con alguna modificación para la razón subjetiva, podía haber afirmado que “lo verdadero es el todo”. Adorno –al plantear esta misma tesis afirmando que el “todo es lo no verdadero”, que el poder integrador de la mente misma es el proceso de dominación de la naturaleza–, movilizó la filosofía de la mediación como la dinámica de lo que le ocurre al individuo y al conjunto de la naturaleza. Como poco, es complejo: la filosofía no podía buscar con más rotundidad la emancipación subjetiva que como una capacidad para una experiencia no disminuida. A la vez con y contra Hegel, Adorno desarrolla el pensamiento de Hegel como una *via negativa*, como una posibilidad de que la subjetividad sea efectivamente espontánea, por eso desarrolló una crítica del psicoanálisis que quería complementar –y quizás reemplazar– la teoría de la libido con el comportamiento mimético. Por eso la austeridad de su voz filosófica es tan inconfundiblemente suya. En una frase que podría ser psicoanalítica –y lo es y al mismo tiempo no lo es– la forma de inter-

⁶¹ Dieter HEINRICH: *Between Kant and Hegel: Lectures on German Idealism*, Cambridge: Harvard University Press, 2008, pág. 291.

pretar de Adorno atiende a “lo que enmudece” como recuerdo de la naturaleza en un sujeto que ha sido excluido de la historia por el único movimiento del que la historia es capaz: el trabajo de aquellos cuya actividad mental, aquí un sinónimo de vida, es lo que queda de ella en tanto que *telos* de su propia autonomía.

Así la dialéctica afirmativa de Hegel se transformó en una dialéctica alegórica, una dialéctica de vaciar las tripas. La transformación hizo de ella un instrumento para examinar inmanentemente el peso de la historia. En términos de Walter Benjamin⁶², en los que se origina también esta dialéctica, se convirtió en un potencial para expresar la *facies hippocratica* de la historia –la cara hipocrática, la cara de sufrimiento mortal– como la *tendencia* de la historia. Sin embargo, las demandas de esta posición alegórica se oponen al desarrollo psicoanalítico de la interpretación simbólica y a los contenidos psicodinámicos de la vida mental, lo que supone una pérdida interpretativa considerable. En sus numerosos volúmenes, la obra de Adorno puede ser difícil y desafiante y estar plagada de invocaciones de los preludios de encantamientos, tabúes y fetiches. Pero no hay nada, en una sola página o en una sola línea, que sea tan tabú y tan tenso como lo son los contenidos de una hora cualquiera de psicoanálisis, que, para existir, requiere un grado de confidencialidad tan extraordinario como para que se verbalice lo que un paciente nunca se atrevería a decir ni siquiera a sí mismo, en toda su vida. Como señala Lou Andreas-Salomé, “esa es la razón por la que Freud generó tanto rechazo cuando puso de manifiesto la importancia de las fases infantiles para toda nuestra vida espiritual... Como resultado de lo cual resulta necesario volver a estos orígenes en la terapia; al estado más *primitivo* de la experiencia espiritual individual... al nivel *primario* que siempre queda dentro de nosotros”⁶³.

De modo que en virtud de estos descubrimientos, el psicoanálisis se convirtió en objeto de prejuicio –incluso, como Freud bien sabía, como ciencia del prejuicio, objeto necesario y hombre de paja a la espera de cualquier prejuicio⁶⁴– y por esta misma razón es un recurso sin igual para entender la naturaleza del prejuicio etnocéntrico mismo, que aún debe desarrollarse de un modo que pueda conocerse de manera tolerable. Hasta hoy, sin embargo, persiste “el viejo chiste del psicoanalista

⁶² Walter BENJAMIN: *The Origin of German Tragic Drama*, Londres: Verso, 1998, pág. 166.

⁶³ Lou ANDREAS-SALOMÉ: *Looking Back: Memoirs*, Cambridge: Da Capo Press, 1994, pág. 97.

⁶⁴ Cfr. particularmente Frederick CREWS: *Freud. The Making of an Illusion*, Nueva York: Metropolitan Books, 2017.

que se pregunta qué quería decir realmente el portero cuando dijo ‘buenos días’⁶⁵. Es un viejo chiste. El tomate dirigido contra el analista acaba dando al portero. Pues el propósito de su vida reconfortantemente rutinaria queda reducido a una cancioncilla: no debe pensar nada que el que cuenta el chiste quiera reprobar. Es tan divertido como tener un presidente parcialmente psicótico al que la nación teme apartar del cargo, ya que esto implicaría reconocer la realidad de lo psicológico como lo primario en nosotros. Es en este sentido en el que “América ahora existe principalmente para no saber lo que está pensando”. Es preferible estar en el camino hacia la catástrofe que reconocer lo que todo el mundo sabe perfectamente en cierto nivel.

Aunque totalmente distinta, la participación de Adorno en este prejuicio, al no lograr hacerse cargo de lo que la filosofía crítica no puede alcanzar en la ‘psicología’, fue parte de su pensamiento cuando desemboca en la jerga del sufrimiento. A pesar suyo, en algunos momentos de sus escritos el “horror” y el “sufrimiento” adquieren un aspecto lujurioso, como si estas enfáticas afirmaciones tuvieran algo en mente que disfrutaban callándose. Pese a lo móvil que es la dialéctica, es demasiado superficial por su propia concepción, por su propio concepto. Lo que encuentra es algo que ha de ser encontrado, pero de todo lo que encuentra, que es una cantidad considerable de cosas, al final siempre se queda con lo mismo. En otra de las transcripciones de los sueños de Adorno, un psicoterapeuta impartía una conferencia sobre Schubert grotescamente fuera de tono. Adorno está “arrebatao por una furia insensata”. Se dirige al público que le rodea con “el argumento de que la presentación era un acto de barbarie tal que convertía en bárbaro a quien lo tolerase. Mi elocuencia no quedó desatendida”. El público se unió a Adorno y golpearon al psicoterapeuta hasta matarlo. En ese momento, escribe Adorno, como si quisiera demostrar la intolerancia de su censor de sueños con mala estética, “me agité tanto que me desperté”⁶⁶. Este sueño es en sí mismo, como tantos sueños, una especie de ocurrencia inmune a su propio humor. A este soñador, que trata sus visiones como Lares y Penates nocturnos, no se le pasa por la cabeza que este conferenciante grotesco y su charla eran aspectos de su propio yo; ni tampoco estaba preparado para percatarse de la elocuencia admirada de sí en su protesta; ni mucho menos de lo que la filosofía crítica es incapaz de alcanzar en la psicología.

⁶⁵ Jonathan ROSE: *The Intellectual Life of the British Working Classes*, New Haven: Yale University Press, 2010, pág. 8.

⁶⁶ Theodor W. ADORNO: *Dream Notes*, ob. cit., págs. 68-69.

Las dimensiones de un mundo conocido y ajeno a la filosofía de Adorno emergen cuando el poeta Mark Strand comentó sobre el *dictum* de Adorno –la imposibilidad de escribir poesía después de Auschwitz– que “no se puede ni comer”. Una de las consecuencias de que estas dimensiones quedaran excluidas de la obra de Adorno es la rigidez que sobrevino a la teoría crítica después de Adorno, como si a día de hoy solo se le pudiera citar. La reducción meta-epistemológica del psicoanálisis a ‘psicología’ apartó la crítica de la dominación de muchos de los desarrollos contemporáneos del psicoanálisis, que son internacionalmente exponenciales y vitales en comparación con los constantes esfuerzos de la teoría crítica por revisar lo que Adorno quiso decir realmente y, a menudo, historizarlo. Pero esta reducción privó al concepto adorniano de dominación de estratos de percepción que permitirían desarrollarlo.

EL HILO PRIMITIVO DE LA HISTORIA HUMANA

El hilo de la historia humana no es hilo ni es historia. No es hilo, porque, aunque pueda cortarse no puede extenderse entre un punto y otro, por ejemplo, de Roma a Carlo Magno. Tampoco es historia por la simple razón de que, incluso cuando puede ser percibida, no consiste en el conocimiento de los cartaginenses o la fecha de nacimiento de Claude Poullart des Places en el siglo XVII. Al computar todo lo que no es el hilo de la historia humana, ha de tenerse en cuenta que no es ni siquiera exactamente humana. Pues lo humano puede implicar toda clase de tretas, pero no el abuso o la intimidación; sin intención de disgustar a los Estados Unidos, no necesita la violencia. Y, si fuera necesaria, entonces incluso en mejores momentos –que en Tiempo Real–, que ha habido muchos, el hilo de la historia humana nunca se ha desentrelazado de la tendencia de la historia, y por tanto nunca ha sido meramente humana. Cuando se percibe toda su complejidad, es una tracción de impulsos suspendidos entre el recuerdo y la expectación. Es un anhelo, como si en la percepción de estos impulsos uno pudiera saber qué hacer al intentar “hacer con algo todo lo que puede hacerse con ello en virtud de su propia medida” –como opuesto a hacer con algo lo que no puede hacerse con ello, en virtud de otra medida, como un castigo. En la idea adorniana de composición, tomada como modelo, hacia donde el compositor debe dirigirse es hacia el lugar al que las notas quieren ir por su propio pie, eso es lo que puede hacerse con ellas. Por parte del compositor esto requiere toda la resistencia posible al lugar al que, atrapado en la

tendencia de la historia, los impulsos se dirigían irremediabilmente; en esto consiste, nada menos, tocar un instrumento.

Y aunque la práctica psicoanalítica no es un arte en proceso de constituirse, tiene –al igual que “El ensayo como forma” de Adorno, que también rechaza cualquier pretensión de ser arte–, un elemento estético en este mismo principio de hacer con algo lo que puede hacerse con ello en virtud de su propia medida. Cuando, en *Una historia de la estética*, Bernard Bosanquet consideró que esto era el principio central del idealismo, “que nada puede convertirse en lo que no es capaz de ser”, remitía al origen común del psicoanálisis y la filosofía de Adorno⁶⁷. Los dos reconocen que lo único capaz de reconciliar es la verdad, que hay que luchar para encontrarla y que al hacerlo lo que se busca es inseparable de la dirección a la que conduce su propio curso. No es cuestión de método. Al reconocer lo primitivo en nosotros, la crítica de la dominación implícita en este principio se convierte en la crítica de lo primitivo desde la perspectiva de lo primitivo. Retrotrae lo manifiesto a lo latente como aquello que es arcaico e incapaz de escapar a su propio origen sin interpretar lo que enmudece como un intolerable objeto de lo que es en sí mismo arcaico. En este preciso contexto cabe denominarlo *prejuicio*. La interpretación no busca perseguir la felicidad, sino la gratificación de esta búsqueda al reconocernos en lo primitivo, no por transigir a ello. Tal y como se entiende en el pensamiento de Adorno y en el de Freud, esa es la única posibilidad de lo que puede ser algo distinto de lo primitivo. No es más que una visión del mundo como a través de un telescopio. Por su inmanencia, no es en absoluto una perspectiva. En los muchos sentidos en los que esta percepción es ineluctablemente moderna, ya que es el origen del modernismo radical en sí mismo, lo *primitivo* “fue la primera palabra en la que cobra expresión nuestro sentido histórico moderno... como lo aplicaron los Reformistas a la Iglesia temprana”⁶⁸. Como el desarrollo de la percepción del siglo XVI de la profundidad de la historia y el deseo de recuperar lo que aún no ha sido expoliado, por muy cambiado que el concepto está ahora, lo primitivo es el elemento del hilo de la historia humana que no puede eliminarse de ella ni de la tendencia de la historia. En este sentido el hilo de la historia humana y su tendencia son indiscernibles.

⁶⁷ Bernard BOSANQUET: *A History of Aesthetics*, Nueva York: Cosimo Classics, 2005, pág. 290.

⁶⁸ Logan PEARSAL SMITH: *The English Language*, Henry Holt: Nueva York, 1912, pág. 227.

LA TENDENCIA HISTÓRICA: EL TIEMPO REAL

Adorno y Freud coinciden en su intención de rescatar el deseo de su bárbara auto-destrucción. Pero lo que los une puede también dividirlos en aquello que la ‘psicología’ no puede alcanzar realmente. Por lo tanto, en el ensayo sobre la propaganda fascista que ya se ha discutido aquí, Adorno sostiene que el fascismo es culpable de lo que denomina “el secreto mismo de la propaganda fascista.”. El secreto equivale a lo que Adorno distingue como lo peor, la intención de dejar a los hombres y las mujeres tal y como son, “en buena medida privados de autonomía y espontaneidad en lugar de establecer objetivos cuya realización trascendiera tanto el *statu quo* psicológico como el social”⁶⁹. Están abandonados a la rabia, como Adorno explicaba en una frase del resumen de *La personalidad autoritaria* que envió a Horkheimer en esta misma época: “Cada uno se ve incitado a ilimitadas erupciones de ira, porque el poder que oprime lo bárbaro en él es él mismo barbaro”⁷⁰. Una variante de esta frase, que un día aparecería en uno de los sueños claramente conceptuales de Adorno, en los que la tesis detiene la reflexión psicológica, sirve al mismo propósito. La negación de la negatividad en la retórica, que es en sí misma negación, es más poderosa que su razonamiento. Independientemente de lo que sea cierto o no en la afirmación, su *force de frappe*, que equivale a su autoevidencia, congela la capacidad de pensar justo en el punto en el que habría que considerar complejas cuestiones de la vida psíquica. Pero el lugar donde Adorno deja atrás lo psicológico –como lo dejaría atrás, según él, un mundo mejor– es el punto en el que se vuelve evidente la urgencia de su trabajo filosófico. Como Adorno señala, al individuo se le provoca para que destruya “la idea misma de lo bueno” que la civilización ha contaminado. Su “furia contra los opresores se convierte en energía para odiar lo bueno”⁷¹. La observación psicológica va más allá de la psicología al intentar comprender la barbarie que Adorno presenció como la destrucción social de la posibilidad de lo bueno –la creciente incapacidad de la sociedad de desear lo bueno en sí mismo–. Adorno concibe esta creciente incapacidad como la tendencia de la historia.

En *Sobre la historia y la libertad*, una de los últimos y más importantes cursos de Adorno, presenta la tendencia de la historia como el incesante incremento de la capacidad de racionalidad, el poder de los medios y los fines de la humanidad para

⁶⁹ Theodor W. ADORNO: "Freudian Theory and the Pattern of Fascist Propaganda", ob. cit., pág. 134.

⁷⁰ Theodor W. ADORNO et al: *The Authoritarian Personality*, ob. cit., pág. 20.

⁷¹ *Ibid.*, pág. 20.

autoconservarse. Se dirige al desastre porque no logra reconocer que la dominación está necesariamente unida a lo que domina, y al destruirlo, necesariamente se auto-destruye. Pero ¿cómo es que el control heterónimo de la naturaleza es incapaz de reflexionar sobre el precio que ha de pagar por ello? Como ocurre a menudo en los cursos de Adorno, en *Sobre la historia y la libertad* presenta su tesis, si bien no accidentalmente, sí con cierto grado de informalidad: “Hoy en día hay algo así como una perversión de la conciencia, una inversión de lo primario y lo secundario”⁷². Dado que la racionalidad siempre se presenta en forma de intereses particulares, la tendencia de la historia aparece como algo secundario en los fenómenos individuales aparentemente espontáneos. Nos vemos arrastrados tras la tendencia de la historia en aquello que sentimos más intensamente, mientras que cada uno, seguro sólo de sí mismo, solo funciona en virtud de intereses particulares que la enmascaran –como si solo llegáramos al problema de la catástrofe una vez que nos hemos hecho cargo de todos los asuntos importantes–. Incluso responder a la elección del nuevo presidente diciendo que “no es mi presidente” solo sirve para enmascarar lo que es ante todo esta presidencia. Ahora esa máscara se está haciendo añicos. En Tiempo Real el presidente, al destrozarse secuencial e inmediatamente lo que gobierna como aquello de lo que claramente depende, y que en cualquier momento podría sepultarnos a nosotros y al mundo entero, está llevando a cabo la reflexión que se necesitaría para evitar que esto ocurra. El Tiempo Real transforma aquello que estaba velado por lo particular, lo falsamente primario, y lo devuelve a lo que parece ser la fuerza anónima de la autodestrucción misma. En palabras del trabajador de la Agencia de Seguridad Nacional que se quejó amargamente de que la maquinaria informática que la agencia había desarrollado para invadir a otras naciones ha sido incautada y se estaba utilizando contra los Estados Unidos, “la agencia no sabe cómo pararlo –ni siquiera lo que es ‘esto’”⁷³. Si hubiera un modo de decirlo –aunque sea repetirlo–, uno diría esto: que, sin el bien, del que los Estados Unidos ahora carecen, no se puede tener nada en ninguna cantidad y por ninguna persona. En Tiempo Real, mientras el viento viene directo a través de los mares y los pájaros caen muertos desde el cielo, el autoritarismo significa la dominación como autodestrucción inmediata.

Traducción de Nekane García Amezaga y Jordi Maiso

⁷² Theodor W. ADORNO: *History and Freedom*, ob. cit., 2006, pág. 18.

⁷³ Scott SHANE, Nicole PERLROTH y David E. SANGER: "Security Breach and Spilled Secrets have Shaken the N. S. A to Its Core", *New York Times*, 12 de noviembre de 2017.